

HSE

Historia Social y
de la Educación

Social and Education
History

Hipatia Press
www.hipatiapress.com



Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://hse.hipatiapress.com>

Convenciones Culturales y Estilos de Vida. La Elite Social de la Argentina de Entreguerras en las Crónicas Sociales de la Revista Caras y Caretas (1917-1939)

Leandro Agustín Losada¹

1) Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires

Date of publication: June 23rd, 2013

To cite this article: Losada, L.A. (2013). Convenciones culturales y estilos de vida. La elite social de la Argentina de entreguerras en las crónicas sociales de la revista Caras y Caretas (1917-1939). *Social and Education History*, 2(2), 152-175. doi:10.4471/hse.2013.10

To link this article: <http://dx.doi.org/10.4471/hse.2013.10>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to Creative Commons Non-Commercial and Non-Derivative License.

Cultural Conventions and the Lifestyle. The Argentine Social Elite during the Interwar Years in the Social Chronicles of *Caras y Caretas* Magazine (1917-1939)

Leandro Agustín Losada

Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires

Abstract

The article examines the cultural conventions and the lifestyle of the Argentine social elite during the interwar years. The paper analyzes its features and changes, as well as its influence on the public image of the elite. In this sense, the paper proposes relationships between social distinction, moral criticism and legitimacy of the traditional elite, at a time defined by a profound change in the social structure of Argentina due to the appearance of a nascent mass society. The sources used are the social chronicles of *Caras y Caretas*, the largest circulation magazine in the period.

Keywords: Argentina elite, cultural conventions, lifestyles, interwar

Convenciones Culturales y Estilos de Vida. La Elite Social de la Argentina de Entreguerras en las Crónicas Sociales de la Revista Caras y Caretas (1917-1939)

Leandro Agustín Losada

Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires

Resumen

El artículo estudia las convenciones culturales y el estilo de vida de la elite social argentina durante los años de entreguerras. Se analizan sus rasgos y cambios, así como su influencia en la imagen pública de la elite. En este sentido, se despliegan argumentos sobre la relación entre distinción social, impugnación moral y legitimidad de la elite tradicional, en un momento definido por un cambio profundo de la estructura social argentina debido a la aparición de una incipiente sociedad de masas. Las fuentes utilizadas son las crónicas sociales de *Caras y Caretas*, la revista de mayor circulación durante el período.

Palabras clave: elite Argentina, convenciones culturales, estilos de vida, entreguerras

Hacia 1910, cuando la Argentina celebraba sus cien años de vida independiente, la elite social del país estaba constituida por tres grandes grupos de familias: de orígenes coloniales y bonaerenses; de inmigrantes y extranjeros llegados después de la Revolución de Mayo de 1810; y de las provincias del Interior, afincadas en la ciudad de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX, e integrantes de la elite política que controló el gobierno nacional a partir de 1880, cuando se culminó la integración política y territorial de la Argentina. Entre 1880 y 1910 estas familias dejaron atrás una historia definida por el conflicto y se integraron en un grupo social de importante cohesión interna, que se convirtió en el de mayor status y prestigio: la autoproclamada “aristocracia” de familias tradicionales. Dos factores hicieron posible ese proceso. Por un lado, un mundo social cerrado, cuya mejor expresión fue un mercado matrimonial endogámico. Por otro lado, un profundo cambio cultural, dado por excepcionales condiciones materiales y un deliberado afán de sofisticación, que se tradujo en un estilo de vida de tonos aristocráticos (en sintonía con el eurocentrismo de la época), ritmado por los códigos de etiqueta, y definido por el consumo suntuario y el refinamiento de usos y costumbres (Losada, 2008).

Ese momento de máximo esplendor comenzó a eclipsarse desde mediados de la década de 1910, profundizándose en las dos siguientes. El escenario que enmarcó, y generó, ese ocaso, fue un cambio estructural de la sociedad argentina, plasmado en mutaciones políticas, económicas, sociales y culturales, entre las más importantes: la crisis del “régimen oligárquico”, la reforma electoral de 1912 que estableció el sufragio secreto, obligatorio y universal, y el triunfo de la Unión Cívica Radical (UCR) en 1916; la ralentización de la economía y el errático desempeño del sector rural en las décadas de 1920 y 1930; la formación de sectores medios, y el aumento del acceso a la educación y a consumos culturales y materiales de amplias franjas de la población (Botana, 1994; Rock, 1975; Hora, 2002; Germani, 1962).

En este trabajo se rastrearán los itinerarios y las características de este eclipse, se identificarán algunas de sus razones y se reflexionará sobre algunas de sus implicancias sociales y culturales. Concretamente, se explorarán los cambios en el estilo de vida de la elite (en sus sociabilidades, aficiones, costumbres) y en sus convenciones. La

premisa para esta elección es que estas dimensiones reflejan, y al mismo tiempo suman claves interpretativas, para entender el ocaso de la elite en la Argentina de entreguerras, debido a su papel crucial en la definición de las identidades y la reproducción de cualquier grupo social.

La exploración se concentrará en una fuente en particular: las crónicas sociales de la revista *Caras y Caretas*, firmadas por Mercedes Moreno, la Dama Duende¹. Varias son las razones que justifican esta elección. En primer lugar, es el único registro disponible en fuentes contemporáneas para realizar un seguimiento ininterrumpido de la elite y de su vida social a lo largo de todo el período elegido: estas crónicas aparecieron en 1917 y continuaron, sin interrupciones, hasta el cierre de la revista, en 1939 (los intervalos entre dos entregas de las crónicas no fueron mayores a dos números de la revista). En segundo lugar, un aspecto que hace sugestiva como fuente a estas crónicas es la revista en la que se publicaron: *Caras y Caretas*, aparecida en 1898, fue la publicación gráfica de mayor circulación en la Argentina de la época. Su frecuencia semanal, su precio accesible (en sus comienzos, era de 0,30 \$, y el de publicaciones gráficas previas, de hasta 2 \$), y un formato manuable, fueron algunas de las razones de semejante éxito: hacia 1920 su tirada superaba ya los 150 000 ejemplares. A ello debe sumarse su carácter precursor en el periodismo argentino en la incorporación del humor gráfico, de las notas fotográficas y del tratamiento de un amplio abanico de temas, que incluía cuentos costumbristas, noticias de actualidad política nacional e internacional y la difusión de novedades en un rango también muy diverso, desde la moda a la tecnología, en secciones como “La moda al día”, “Peinados de moda”, “La elegancia y la moda” o “La cocina ilustrada”. A raíz de ello, el volumen de la revista se incrementó a lo largo de los años, llegando a superar las 200 páginas (Romano, 2004; Malosetti Costa y Gené, 2009). La creciente amplitud temática repercutió en la ubicación de las Crónicas Sociales en la revista: usualmente estaban en las primeras páginas, pero avanzando el tiempo se desplazaron más adelante. Con todo, siempre tuvieron un espacio similar: una página entera de dos columnas. En consecuencia, las crónicas de la Dama Duende tuvieron un alcance amplio en la opinión pública. En tercer lugar, las notas sociales de *Caras y Caretas* ofrecen un retrato colorido

de la vida social de la elite del que carecen otras fuentes periodísticas, como los grandes diarios *La Nación* o *La Prensa*. Sus crónicas sociales sí habían tenido esas características hasta la década de 1910, pero desde entonces, su espacio en los diarios decreció, pasando a ser meramente informativas: avisos o anuncios de bodas, funerales, fiestas, etc, sin descripciones o relatos detallados, salvo excepciones, de lo ocurrido en tales eventos. El diario de mayor circulación de las décadas de 1920 y 1930, *Crítica*, no tuvo un espacio dedicado a cubrir las noticias sociales de los grupos encumbrados (Saítta, 1998)².

Desde ya, las crónicas de la Dama Duende tienen sus connotaciones y sesgos. Son relatos firmados por alguien que se sitúa en el lugar de confidente de sus lectores, y de comentarista social y observador moral de sus conductas. Es un personaje que pertenece a las generaciones mayores (cuando comienza a escribirlas tiene cuarenta y un años; sesenta y tres al finalizarlas), con una relación cercana al mundo que describe, y que se concentra, fundamentalmente, en las conductas de los jóvenes, y más aún, de las jóvenes. Desde ese lugar, la censura, la crítica o el escándalo ante todo lo que aparece como nuevo, la arquetípica incredulidad o subestimación de un mayor ante los comportamientos de las nuevas generaciones, son acentos reiterados, aunque, como se verá, también cambian a lo largo del tiempo. Ahora bien, estos sesgos son reveladores de una experiencia, de cómo juzgó un contemporáneo, cercano o familiarizado con la elite, los cambios que vio (testimonios además, como se verá, en sintonía con tantos otros). Un último pliegue que hace interesantes a las crónicas es que no se agotan en los tonos morales; también tienen una constante atención a las implicancias sociales de las conductas de la elite: a cómo su estilo de vida repercute en la opinión que de ella tiene la sociedad en la que vive.

El artículo se estructura en tres secciones, cada una de ellas vinculadas a momentos específicos del período elegido: la inmediata posguerra (1917-1919); la prosperidad de mediados de la década de 1920 (1923-1926); y los años treinta, inaugurados por el impacto de la Gran Depresión. El artículo se cierra con unas conclusiones.

Posguerra, Democracia y Conflicto Social 1917-1919

En estos años se conjugaron cambios internacionales, derivados del

estallido de la Primera Guerra Mundial, la Revolución Rusa y el ascenso de los Estados Unidos en el escenario internacional, con otros de raíces locales. Entre estos, se destacó el cambio político ocurrido en 1916, cuando la UCR desalojó del poder a las coaliciones conservadoras que habían gobernado el país desde 1880, en las primeras elecciones presidenciales celebradas con la instauración del sufragio secreto y obligatorio para toda la población masculina argentina. Así, un cambio de los elencos gobernantes coincidió con otro en las reglas políticas y electorales, que aparejó una ampliación social de las coordenadas de la vida política. Todas estas mutaciones enmarcaron para la elite un fin de época, la clausura de un mundo conocido y la aparición de nuevas tendencias, costumbres y aficiones.

La Gran Guerra desarticuló la “colonia” de argentinos de clase alta con domicilio (fijo o temporario) en Europa, sobre todo en París. Hubo una diáspora y una distensión de los vínculos de las familias de elite: algunas de ellas regresaron al país, otras tuvieron dificultades para salir del viejo continente. Como apuntó una contemporánea, “el mundo cosmopolita huyó de París” (Aldao de Díaz, 1933, p. 202).

La otra repercusión negativa, satirizada por la Dama Duende, fue una forzada austeridad: “la sombría amenaza significa sólo por el momento el que pudiera suspenderse tal vez el abono de lujo de determinado teatro” (Notas Sociales, *Caras y Caretas*, n. 969, 28/4/1917)³. Esa austeridad forzosa también provocaba un freno al consumo ostentoso, al interrumpirse las frecuentes compras en el exterior (NS, *CyC*, n. 1024, 18/5/1918).

Diáspora, obligada clausura de la vida cosmopolita en París, austeridad impuesta por los obstáculos que genera el conflicto, son, entonces, los saldos de la Gran Guerra en una alta vida social que ve opacado su brillo. Según se adelantó más arriba, este escenario se conjugó con las mutaciones locales, como las transformaciones políticas derivadas de la reforma electoral y el triunfo de la UCR

El desconcierto, que no se traduce necesariamente en el rechazo, es la nota predominante frente a la democracia a finales de la década de 1910. Con todo, ese desconcierto permite entrever, como lo hacían los fastidios y las quejas que motivaba la Guerra Mundial por clausurar una vida ostentosa, una elite encerrada en un mundo frívolo, con cierta pérdida de registro para comprender el mundo real. Así se advierte, por

ejemplo, “en la ingenuidad de una digna y respetada dama de nuestra aristocracia, que al presenciar el desfile del pueblo soberano, desde los balcones de la Intendencia, me preguntaba con asombro: -Y a toda esta gente que desfila, ¿quién le paga?” (NS, *CyC*, n. 953, 6/1/1917).

Los temores ante la Argentina democrática provienen de otros fenómenos, que, además, no necesariamente se relacionan con el cambio en el sistema político. Uno es la conflictividad social de la inmediata posguerra, cuyo punto álgido fue la Semana Trágica de febrero de 1919 (Bilsky, 1984). El fantasma del conflicto adquiere tal espesor que llega hasta lo más íntimo y cotidiano de la vida familiar, y se advierte en un actor sugestivo: el personal doméstico, en tanto que, además de símbolo de capacidad pecuniaria, era clave para edificar y mantener vínculos deferenciales (Davidoff, 1974).

Las consignas atribuidas a los sirvientes, con todo, tienen como objeto la movilidad social más que la revolución social, la inversión de jerarquías antes que su supresión: “dentro de poco, señora [dice amenazante una sirvienta a su patrona, según la crónica], serán ustedes las que tendrán que atarse a la cintura el delantal que yo llevo” (NS, *CyC*, n. 1062, 8/2/1919). Este retrato del conflicto refleja la inseguridad y las incertidumbres de esos tiempos, pero también que las tensiones de clase tenían rasgos singulares y límites precisos, debido a la excepcionalidad de un país que era tierra de oportunidades (Devoto, 2002, pp. 121-142). El fantasma del conflicto social desaparece de las crónicas tan súbitamente como había aparecido, fugaz presencia que, más allá de derivarse del objeto y del tono de la columna social de *Caras y Caretas*, refleja que esa coyuntura de posguerra fue de una tensión aguda pero efímera.

El segundo tema de alarma en los años finales de la década de 1910 proviene de una sociedad que se ha vuelto democrática no sólo políticamente sino en un sentido más amplio y propiamente social. Su principal manifestación es un tópico mucho más presente que el del conflicto, y, por cierto, nada original, ya que es una constante en los testimonios de la elite desde fines del siglo XIX: la pérdida de espacios y ámbitos antes exclusivos, o considerados exclusivos, a raíz de la movilidad social y de la aparición de nuevos sectores sociales. En el Teatro Odeón, por caso, se anotaba “la invasión de nouveaux riches en las tradicionales noches de abono” (NS, *CyC*, n. 1035, 3/8/1918), así

como en Mar del Plata (el balneario estival de la elite) se imponía la necesidad de “descubrir también nuevos cabos o playas para ir de excursión sin que la impetuosa oleada de turistas nuevos oprima, empuje, y hasta sofoque a los amigos de su comodidad o independencia” (NS, *CyC*, n° 1009, 2/2/1918).

De las crónicas de *Caras y Caretas* bien podría desprenderse que el principal temor de la elite en los últimos años de la década de 1910, entonces, no provino del conflicto, sino de la movilidad (acentuada, por lo demás, pero no inaugurada por entonces). El rasgo de la sociedad argentina que desactivaba el peligro de la lucha de clases, tenía como efecto negativo la constante marea de advenedizos. La elite tradicional asistía con estupor, pero también con resignación, a esos procesos. Estas tendencias son las que más crudamente enmarcan el final de época ocurrido a mediados de los años diez.

La metamorfosis social, a su turno, se conjuga con la manifestación local de tendencias internacionales, que refuerza la imagen de clausura de una etapa. El incipiente ocaso de la vida aristocrática no sólo es el resultado de una sociedad convulsionada, o de los efectos de una sociedad móvil. También es el producto de nuevas tecnologías, consumos y conductas. Con desparpajo, las niñas solían ahora sentarse sobre las escalinatas o las mesas cuando conversaban con los muchachos, al tiempo que se volvían afectas a los “licores reservados hasta hace poco [...] a los caballeros”, o al cigarrillo (NS, *CyC*, n. 968, 21/4/1917). El vestuario sobresalía por su sugestión y el abandono de los colores tenues de la *Belle époque*; el tono ahora lo fijaban “los colores vivos, azul, fresa, rojo, los trajes, generalmente muy escotados” y las “telas de transparencia” que se veían en “teatros, bailes y hasta en las recepciones de seis a ocho” (NS, *CyC* n. 983, 4/8/1917). Sin olvidar los trajes de baño que “modelan artísticamente las figuras esculturales” en un momento en que comenzaba a diluirse la separación sexual en los baños de mar (NS, *CyC*, n. 1036, 10/8/1918). En suma, “la liberalidad reina en estos momentos: en las maneras, en las actitudes, en el atavío” (NS, *CyC*, n. 1052, 30/11/1918).

Las nuevas tecnologías, a su turno, independizaban las vidas de los jóvenes. Las crónicas alertaban sobre cómo el teléfono favorecía la improvisación de reuniones sin avisar a los padres y sin recurrir a la tarjeta (NS, *CyC*, n. 1035, 3/8/1918); advertían sobre la “imperiosa

sugestión de los films” (NS, *CyC*, n. 1085, 19/7/1919); y notaban la multiplicación de los “veloces y silenciosos [...] autos cargados de mundanas” (NS, *CyC*, n. 1041, 14/9/1918). Estas nuevas tecnologías condensaban otro fenómeno, el peso creciente de la cultura norteamericana: “la moda busca ahora sus inspiraciones en el coloso del Norte” (NS, *CyC*, n. 976, 16/6/1917).

La mayor independencia y los nuevos medios para concretarla generaban una nueva experiencia urbana, un desplazamiento hacia lugares que no eran los del grupo de pertenencia, y una interiorización con consumos populares, facilitada también por las nuevas tecnologías. El tango es ejemplar: se lo iba a bailar a lugares moralmente censurables, pero también se lo podía conocer y disfrutar a través del fonógrafo. De todo ello resulta una alta vida social atravesada por consumos y aficiones que se juzgan inapropiados, porque implican el riesgo de diluir la sofisticación: un baile de etiqueta en el que se danzara tango se convertía en una fiesta “populachera [...] deplacé en un ambiente digno de una corte europea” (NS, *CyC*, n. 1041, 14/9/1918).

Ahora bien, la distensión del mundo conocido no sólo es responsabilidad de las nuevas aficiones. Pasatiempos ya asentados en la elite, como los deportes al aire libre, habilitaban también una sociabilidad libre de tutelas, sea en los links del golf, en las regatas, o en el yatching. En semejantes escenarios, “el amor [...] llega, espontáneo, decidido, porque olvida o ignora todas las sutilezas del flirt de salón” (NS, *CyC*, n. 999, 24/11/1917). El ocaso de la vida aristocrática como efecto no deseado de su propio estilo de vida se advierte también en la atribución de la liberalidad de las nuevas generaciones a la educación cosmopolita y europea recibida en los hogares: “el prestigio de la educación europea ciega, en muchos casos, ¡y las mamás no sabemos ya imponernos a nuestras hijas!” (NS, *CyC*, n. 1000, 1/12/1917).

En consecuencia, hacia fines de los años diez se advertía que el mundo aristocrático que había dado el tono y la identidad a la elite argentina empezaba a desdibujarse. Este eclipse todavía en ciernes era el resultado de la combinación de cambios internacionales y locales: la Primera Guerra Mundial y el ascenso de los Estados Unidos como potencia internacional; la movilidad social y la configuración de una incipiente sociedad de masas. Dos son las principales manifestaciones de ese fin de época: la pérdida de espacios, y un cambio en

convenciones, aficiones y consumos que se expresan como un cisma generacional: “el atolondramiento de esta nueva generación” tenía su marca más notoria en que los “jovencitos [...] huyen de nuestros salones” (NS, *CyC*, n. 970, 5/5/1917).

Posiblemente el cisma generacional esté sobre acentuado en las crónicas sociales de *Caras y Caretas*, aunque debe anotarse que coincidían con otros testimonios contemporáneos, que aludían al “alarde [de los jóvenes] de rechazar para expresarse lo que ha sido norma de nuestros hábitos familiares y sociales: el disimulo de las ficciones y los socorridos eufemismos” (Aldao de Díaz, 1933, pp. 156-157).

En todo caso, a finales de la década de 1910 comenzaba a reconocerse que las generaciones jóvenes de la elite tradicional hacían cosas distintas a las que habían hecho sus padres. Desde la perspectiva de las generaciones mayores (que las crónicas hacen suya), los nuevos rumbos equivalían a una pérdida de refinamiento, pues suponían el abandono de la cultura sobre la que se había edificado la distinción en la Argentina de preguerra. En realidad, los nuevos rumbos enmarcaban el final de la vida aristocrática debido a que el mundo del que ésta había surgido, el del “largo” siglo XIX, estaba desapareciendo. Los cambios no eran el resultado de las inconductas de los jóvenes; éstas, en realidad, eran la manifestación de una profunda transformación cultural. El mundo de la elite, en suma, era víctima de los cambios en la sociedad argentina, pero también de mutaciones internas, generadas por la irrupción de nuevos consumos y tendencias dictados por las modas que florecían en el Occidente de posguerra.

Los Años Veinte: Distensión y Prosperidad

Las tensiones de la inmediata posguerra se diluyeron en la década de 1920. Los conflictos sociales de fines de la década de 1910 e incluso de los primeros años veinte se vieron sustituidos por una mayor estabilidad política y social, a la que contribuyó una buena coyuntura económica (cimentada sobre todo en una notable recuperación de las exportaciones agrícolas). De esta manera, los temores que había suscitado la Argentina democrática se desdibujaron gracias a un contexto más distendido, en el que parecía haberse recuperado la prosperidad y la paz social. Por otro

lado, sin embargo, las novedades en modas y costumbres anunciadas a finales del decenio anterior se afianzaron en los años veinte. Buenos Aires es retratada reiteradamente en las Crónicas de la Dama Duende como “ciudad del ruido”, un escenario signado por la vida febril y frívola, y definido por el snobismo⁴. Así se denominaba una renovación que, por sepultar tradiciones y usos arraigados, ponía en peligro la distinción de la elite.

Las nuevas modas (el jazz, el fox trot, el shimmy, el cine) tenían “tufillo a salvajismo” (NS, *CyC*, n. 1085, 19/7/1919). Incluso podían borrar las distinciones de género, reforzando la impresión de relajación y de trastorno de normas: el peinado a la garconne, sumado a la creciente afición por el cigarrillo, por ejemplo, conjugaban sensualidad y masculinización en la mujer (síntoma o forma de expresar, por lo demás, las aspiraciones de igualdad y de autonomía): “Se trata de ese corte cruel, que reduce la grácil cabecita femenina a su mínima proporción [...] no me es posible evocar una idea de coquetería en esas cabezas masculinizadas por completo” (NS, *CyC*, n. 1443, 29/5/1926).

Los juicios de valor sobre esta vida “ultramoderna” profundizan los tópicos ya advertidos a finales de los diez: la adjudicación de las novedades a los jóvenes, que enmarcan y provocan una ruptura generacional en el interior de las familias tradicionales; la censura y la descalificación de esas novedades porque implicaban el desdibujamiento de los pasatiempos, de las convenciones y de las costumbres que habían sido característicos de la cultura aristocrática de comienzos del siglo XX: “era la temporada lírica oficial el eje mismo de la alta figuración mundana; hoy sólo se la espera como una nota más o menos interesante de la temporada de invierno” (NS, *CyC*, n. 1395, 27/6/1925).

Otra de las novedades, más polémica y objeto de escándalo y censura de parte de la cronista, es el divorcio. Difícil es calibrar si esta conducta tiene el carácter novedoso que se le atribuye; lo sugestivo es, en todo caso, que junto a las noticias de compromisos y casamientos, se multiplican los ejemplos de divorcios (algo que no se advierte en las crónicas de finales de 1910), y que este fenómeno es atribuido a un tiempo signado por la laxitud moral: “la intimidad cálida del hogar se ha dejado invadir por la vida brillante y ficticia de la fiesta del mundo” (NS, *CyC*, n. 1457, 4/9/1926).

Más allá de las conclusiones morales subrayadas en las crónicas, el fenómeno del divorcio expone otra mutación significativa: la creciente independencia de la mujer. Los divorcios anunciados tienen como característica el hecho de que son impulsados por las mujeres, decididas a rehacer sus vidas. Es posible que este énfasis sea el resultado del público al que se orientan las notas, así como de que sus protagonistas son usualmente mujeres. También vale tener presente que si la intención era mostrar un panorama de cambios agudos y vertiginosos, el mundo femenino era la mejor opción, debido a la misoginia que, en un sentido general, había definido a las normas y convenciones del siglo XIX.

Ahora bien, la creciente independencia femenina se advierte en el hecho de que la cronista no censura todas las novedades. La necesidad de mantener la adhesión de sus lectoras seguramente la obligó a transigir con lo que, entendía, eran sus intereses. Así, junto a la alarma por los nuevos rumbos, se celebra que un número cada vez mayor de las niñas de la elite pretendiera superar el tradicional destino de mujer y esposa, encarando emprendimientos comerciales o estudios superiores (NS, CyC, n. 1453, 7/8/1926). Las crónicas celebraron, asimismo, la sanción de los derechos civiles femeninos en 1925 (NS, CyC, n. 1411, 17/10/1925). La Dama Duende, en verdad, no se oponía a los avances de la condición social femenina. Más bien, se situaba en un feminismo moderado, o maternalista, que abogaba por la revalidación de la mujer a partir de sus roles convencionales de madre y esposa; por ello al mismo tiempo podía criticar las tendencias que amenazaban la vigencia de esos roles (Barrancos, 2007, pp. 121-154).

Por otro lado, como se dijo más arriba, la alta vida social adquiere un nuevo esplendor en los años veinte, después de los tiempos difíciles de la guerra y la inmediata posguerra. La mayor liberalidad de los protocolos, quizá paradójicamente, aparece como una de sus causas: se ha desdibujado “la rigidez protocolar que imperaba en otras épocas” (NS, CyC, n. 1401, 8/8/1925). A mediados de la década de 1920 el retrato preeminente es el de un retorno a la “normalidad”: una elite empapada en una vida de lujo y ostentación, que remeda la de la *Belle époque* de preguerra: “podremos decir, como en los buenos viejos tiempos, que se ha iniciado la temporada mundana” (NS, CyC, n. 1443, 29/5/1926).

En consecuencia, la vida de la elite tiene dos marcas preponderantes en la década del veinte, según las crónicas de *Caras y Caretas*: una acelerada transformación cultural, entendida como el giro de la distinción al snobismo, que continúa las tendencias iniciadas a fines de los años diez, diluyendo la cultura aristocrática del fin de siglo y sustituyéndola por pasatiempos y códigos más descontracturados, en especial entre los jóvenes. En segundo lugar, se advierte una recuperación del brillo y del boato, de un nivel de vida definido por el lujo y el consumo ostensible, que sí recubren a la elite del aura de opulencia alcanzado en el Centenario, y que los años de la guerra y la inmediata posguerra habían interrumpido.

La Década de 1930: Crisis Económica y Vida Mundana

El inicio de esta década clausuró el optimismo de los años anteriores. El impacto de la Gran Depresión puso fin a la prosperidad de los años veinte. Aun cuando la Argentina pudo recuperarse relativamente rápido de la crisis, el cambio de escenario recién comenzó a advertirse a mediados de la década. Por otro lado, el año treinta aparejó también un punto de inflexión en la vida política: la experiencia democrática iniciada en 1916 con los gobiernos de la UCR llegó a su fin con el golpe de Estado ocurrido en septiembre de ese año, que dio inicio a una década signada por la crisis política e institucional, que incluyó represión, autoritarismo e incertidumbre sobre las formas en que el sistema político e institucional podría recuperar legitimidad.

Ahora bien, cabe advertir que las crónicas retratan de manera ambigua el impacto de la crisis económica de 1930. Está claro que las repercusiones de esta coyuntura fueron importantes, de las cuales resultan ejemplares las sufridas por los estancieros, un sector medular de la elite: la crisis del sector rural forzó reorientaciones de inversiones, no siempre exitosas, o el desprendimiento de activos (Hora, 2002, pp. 279-351). Hay viñetas que coinciden con este escenario, como aquellas en las que se anuncia el retorno a la Argentina de familias hasta entonces radicadas en Europa (NS, *CyC*, n. 1794, 18/2/1933). También hay comentarios sobre la obligada austeridad que recorría a algunas reuniones o fiestas (por ejemplo, cuando los anfitriones proponían a los invitados costear los honorarios de la orquesta), o la forzada

postergación de casamientos (NS, *CyC*, *CyC*, n. 1768, 20/8/1932; n. 1728, 14/11/1931).

Sin embargo, el retrato que predomina es otro: la continuidad de la vida fastuosa y lujosa; una elite ensimismada en su estilo de vida y en sus aficiones ostentosas (NS, *CyC*, n° 1683, 3/1/1931; n° 1704, 30/5/1931). Los retornos de Europa coexistían con la perduración de las estadías y de los viajes prolongados, que provocaban “el ausentismo de las personalidades de la sociedad argentina que emigran al Viejo Mundo, para radicarse generalmente en París –por largos meses, por años, tal vez–” (NS, *CyC*, n. 1649, 10/5/1930).

Cabe preguntarse hasta qué punto esto refleja lo acontecido, o si es una ficción para presentar una elite indemne al impacto de la crisis, que continúa su vida “ultramoderna” como si nada ocurriera. Esto es plausible, pero no demasiado convincente. Ante todo, porque no hay complicidad o aprobación de la cronista con aquello que relata. En sintonía con los tópicos desplegados desde finales de la década del diez, la vida de lujo y ostentación aparece como un camino de perdición moral, y, más aun, como un perfil que puede deslegitimar a la elite ante la sociedad. Las invocaciones a la austeridad son un estribillo reiterado para evitar semejante peligro:

El hecho es que en momentos en que las autoridades imprimen el sello austero de la previsión y la economía forzosa en todos los órdenes de la vida administrativa, las fiestas suntuosas se suceden como si viviéramos en el país de jauja [...] la elegancia discreta, sin ostentación, resultaría más a tono con las circunstancias (NS, *CyC*, n. 1719, 12/9/1931).

Así, la elite que emerge de estas crónicas es (sigue siendo) un círculo social caracterizado por un estilo de vida fastuoso, insensible o desconocedor de lo que ocurre en el resto de la sociedad. La vida mundana no cambia a pesar de la crisis. Por el contrario, acentúa su intensidad; las conductas y aficiones profundizan los rumbos ya mencionados: liberalidad y descontracturación, eclipse de protocolos y convenciones del pasado, cisma generacional, independencia femenina (a modo de ejemplo, NS, *CyC*, n. 1642, 22/3/1930). Aparecen nuevos espacios y ámbitos para la vida social, menos exclusivos, pero por ello más atractivos para las nuevas generaciones, como las “boites”, los

cabarets, los restaurantes del centro o las “cokctails parties”, más espontáneas y despojadas de la etiqueta (todas ellas, además, influencias norteamericanas) (NS, *CyC*, n. 1726, 31/10/1931; n. 1833, 18/11/1933). También como en los años veinte, el alcance de estas mutaciones se advierte por su repercusión en las conductas vinculadas al mundo privado: continúan las noticias sobre divorcios; se informa la rapidez con la que se deciden noviazgos y compromisos (a modo de ejemplo, NS, *CyC*, n. 1688, 7/2/1931; n. 1730, 28/11/1931). Como en años anteriores, todo esto evidenciaba “la penosa decadencia de la cultura proverbial de la sociedad porteña” (NS, *CyC*, n. 1813, 1/7/1933). Semejantes diagnósticos, una vez más, están presentes en otros registros contemporáneos. Tal el caso del discurso dado por Julio Roca (h) en el cincuentenario del Círculo de Armas, en 1935 (el club social más exclusivo de Buenos Aires):

La elite de comienzos de la década de 1930, entonces, no tiene rasgos

Las nuevas aficiones, la atracción del sport al aire libre, el vértigo de la velocidad y de la altura, el imán de los placeres más intensos y menos inocentes, han concluido para siempre con la grave cortesanía de los históricos salones, con la esgrima de la frase y con la charla jocunda que amaron nuestros mayores (*Círculo de Armas*, 1985, p. 18).

La elite de comienzos de la década de 1930, entonces, no tiene rasgos o giros conservadores en su vida social. El retrato que convencionalmente se deriva de este grupo social a partir de sus posiciones políticas o tendencias ideológicas (reacción conservadora; fortalecimiento de la cultura católica; sensibilidad antimoderna -*McGee Deustch*, 1986-) no es el que se desprende de su vida social y de su estilo de vida. El mundo de la religión y la cultura católica están presentes, pero no más que en cualquier momento anterior. Su lugar, como en la *Belle époque* de preguerra, está relacionado con la caridad, la filantropía y la beneficencia, y como en aquel tiempo, su relación con la vida mundana (fiestas y banquetes de recaudación de fondos, por ejemplo) también las volvía controvertidas (NS, *CyC*, n. 1746, 19/3/1932). Los llamados a la contricción desde una moral embebida en una sensibilidad cristiana también son recurrentes, pero tienen rasgos sugestivos. Son enunciados por la cronista ya desde la década de 1920

(no son originalidades de los treinta) ante los “desvíos” de la juventud. El mundo de la religión y la moral delineada sobre esa sensibilidad, e incluso las adyacencias laicas como las iniciativas filantrópicas, emergen como atributos de las viejas generaciones. La insistencia en los preceptos religiosos, y en la descalificación hacia las jóvenes, sugiere, por lo demás, su ineficacia más que su raigambre.

En suma, el rasgo distintivo de la elite en la década de 1930 es su modernidad, no un regreso al pasado o a una moderación conservadora. Es el abandono del pasado y de las tradiciones, de toda austeridad, aquello que, según las crónicas, la exponen a la censura moral o, más aun, a sufrir el descrédito de la sociedad. En una sociedad en crisis, parece decir la cronista, el lujo no es símbolo de civilidad y de refinamiento, sino de irresponsabilidad y corrupción.

A finales de la década del treinta, en las vísperas del final de las crónicas y de la revista que las albergó, todas estas tendencias no hacen sino profundizarse. La vida ultramoderna se arraiga, desvaneciendo definitivamente los usos y costumbres de la elite argentina de tiempos del Centenario. El abandono del recibo (atribuido a la búsqueda de una vida social guiada de una mayor simplicidad) así como la irrelevancia de la presentación en sociedad de las niñas son, a finales de los treinta, las nuevas víctimas que se cobra esa vida social que no pierde el tono pero pretende despojarse de los rígidos protocolos de etiqueta (NS, *CyC*, n. 2067, 14/5/1938; n. 2074, 2/7/1938). El cisma generacional, a su turno, sigue siendo otro diagnóstico omnipresente, que en estos años se advierte a través de un juicio ilustrativo: “los niños mal de familias bien” (pues separa el núcleo virtuoso de la familia de las conductas de sus exponentes más jóvenes –NS, *CyC*, n. 2113, 1/4/1939). La contundencia de los cambios, y su arraigo, encuentran una reveladora expresión en las inflexiones de la cronista: ya no impera el escándalo o la alarma, sino la resignación y el desencanto (todavía embebidos de una moral católica, que no hace sino reforzar la impresión de su fuera de lugar), cuando no la comprensión por decisiones o comportamientos que años antes habían sido censurados. Ejemplar por lo sugerentes son los comentarios alrededor de los divorcios:

La lucha entre los principios religiosos y el derecho a rehacer la vida promueve las más apasionadas controversias; y no siempre se hace

gala en nuestro mundo de tolerancia o de indulgencia ante situaciones de suyo harto dolorosas. ¿Quién recuerda en estos casos la máxima luminosa de San Francisco de Asís? ‘Antes que ser justo, hay que ser bueno’(NS, CyC, n. 2089, 15/10/1938).

Conclusiones

Dos aspectos merecen subrayarse de las crónicas de *Caras y Caretas* sobre la vida de la elite en la Argentina de entreguerras: qué muestra, y cómo lo muestra. Con relación al primer punto, retratan el itinerario de un círculo social que, a lo largo de las décadas de 1920 y de 1930, asistió a una profunda mutación cultural que desdibujó las identidades y los estilos de vida de pretensiones aristocráticas con las cuales había edificado su distinción hasta el Centenario. En las circunstancias delineadas a partir de los años veinte, esas pretensiones aristocráticas, más que garantía de distinción, pasaron a ser, en el mejor de los casos, excentricidades extemporáneas, resabios de un modo de vida que aun podía trasuntar opulencia y capacidad pecuniaria, pero que estaba anclado en el pasado, en referencias cada vez más obsoletas.

Desde este punto de vista, las crónicas de *Caras y Caretas* muestran una elite “ultramoderna” en sus convenciones y estilos de vida, bien lejos de inflexiones conservadoras o reaccionarias, como las que recorrieron en estos mismos años a los posicionamientos políticos de buena parte de sus integrantes. Al respecto, las crónicas son significativas para tener presente que las conductas públicas y privadas no siempre ni necesariamente transitan los mismos carriles. Es cierto que en las construcciones identitarias hubo una recurrencia más enfática al pasado, a través de la apelación al apellido patricio como símbolo de status, pero ésta también fue perdiendo sentido y significación a lo largo del período, o fue conjugándose con tópicos morales más extendidos, como el de respetabilidad (Losada, 2005).

Con relación al segundo punto señalado al comienzo, cómo se muestra este proceso, los tonos están claros: hay una condena a los cambios observados. Se describe una declinación moral que, de no revertirse, anuncia, o incluso es síntoma de, una más amplia declinación social. Este juicio, vale recalcar, lejos estuvo de ser original o singular de la cronista de *Caras y Caretas*: la decadencia moral de la elite

tradicional en la década de 1920, y sobre todo a raíz del impacto de la crisis, en la de 1930 (resaltada además en las mujeres) fue un rasgo de época, que puede encontrarse en distintas expresiones culturales, desde el teatro a la literatura, sin olvidar el tango. Más aun, esta mirada sobre la elite es contemporánea a la emergencia de todo un relato sobre la Argentina, vertido desde el ensayo político y social, que explicó los problemas del país a partir de las conductas y decisiones de sus grupos dirigentes (Halperin Donghi, 1999, 2004). Después de todo, la decadencia moral de las elites tradicionales fue un diagnóstico característico de la época en Occidente: las miradas contemporáneas sobre las elites norteamericanas de la costa este, o, desde ya, sobre la aristocracia inglesa, son ejemplares al respecto (Cannadine, 1990, pp. 341-355; Montgomery, 1996). El tópico que subyace a todas ellas, la asociación entre lujo mundano y liberalidad, por un lado, y ausencia de virtud y decadencia moral, por otro, es también un registro extendido y recurrente, por ser característico de tiempos de crisis como los de estos años (y contrastante con el otro tópico usual sobre el lujo: el que lo entiende como algo legítimo por ser símbolo de progreso y civilidad - Berry, 1994, pp. 231-242). El hecho, entonces, de que aquello que se lee en las crónicas de *Caras y Caretas* sean tópicos de época, ¿les quita relevancia? ¿las convierte nada más que en manifestaciones puntuales de lugares comunes vacíos de sentido?

No parece adecuado responder afirmativamente. Por un lado, que sus tópicos no les sean exclusivos aumenta, no disminuye, su relevancia como testimonio, precisamente porque permite aprehender una marca de época. Su relevancia descansa, además, en la plataforma desde la que se lanzaron esos tópicos de época: la revista con mayor tirada de ese entonces. Las crónicas tienen una ambivalencia llamativa: la cronista se sitúa en el lugar de la observadora y tutora moral (algo reforzado por el tono personal con el que se dirige a sus lectoras) como si sus comentarios y sus críticas permanecieran cerradas a las fronteras de sus destinatarios, cuando, por su alcance editorial, sectores que estaban afuera de esa frontera accedían también a sus comentarios y críticas. En otras palabras, las crónicas se presentan con una confidencialidad que en realidad no existía, y que, por lo tanto, exponía las impugnaciones morales a un público amplio. No es desatinado afirmar que, entonces, hayan contribuido a arraigar y a extender esos tópicos de época que

insistían en la decadencia moral de la elite tradicional, y a partir de allí, a instalar un retrato de este círculo social poco edificante en un amplio sector de la opinión pública (no está demás subrayar los paradójicos efectos de las crónicas: mostrando el mundo de la elite, ayudando a recortarla y a hacerla visible, culminaron concurriendo a su censura y descrédito).

En segundo lugar, que sus tópicos sean lugares comunes no los vuelve carentes de sentido, sino al revés: muestran el registro de una experiencia. La decadencia, la pérdida de tradiciones, el reemplazo de la compostura por la transgresión de normas y valores, son lugares comunes, es cierto, lentes arquetípicos con los que usualmente juzgan momentos de cambios profundos aquellos que se sienten amenazados por ellos (en este caso, quienes habían vivido el mundo que entró en un eclipse paulatino aunque inexorable luego de la Primera Guerra Mundial). Pero, justamente por ello, son evidencias o manifestaciones de que hubo cambios profundos. Desde ya, las rupturas posiblemente están sobrerepresentadas y las continuidades, subestimadas. Pero, una vez más, estas distorsiones de los testimonios, antes que indicadores de su “falsedad”, son indicios de la existencia de un momento de agudas mutaciones, que llevan a que el cambio, y no la continuidad, sea el fenómeno más resaltado.

Por lo demás, dos últimas observaciones. En primer lugar, más allá de las connotaciones que reiteran decadencia moral y pérdida de rumbo, las crónicas describen una declinación de la elite que se deriva en última instancia de las transformaciones estructurales de la sociedad argentina. La consolidación capitalista, la movilidad social, la incipiente sociedad de masas, son las circunstancias que –junto a las modas y estímulos de la época- subyacen, cuando no alientan, ese estilo de vida que acentúa o al menos continúa su ostentación y materialismo como modo de ratificar una posición social de preeminencia.

Justamente, las crónicas permiten aprehender uno de los problemas aparejados por semejante escenario: la homogeneización cultural provocada por el desarrollo capitalista llevó a que se debiera edificar distinción, no a partir de un repertorio cultural singular, sino desde usos, pasatiempos y costumbres que también eran conocidos por (o incluso provenían de) otros sectores sociales, del jazz al tango. Los riesgos de esto no eran, necesariamente, las contaminaciones culturales: es sabido

que la reapropiación de tradicionales populares por las elites son conductas reiteradas a lo largo de la historia, que no jaquean la distinción en sí misma (Burke, 1996; Bourdieu, 1988). El riesgo era que, a menor posibilidad de distinciones en base a repertorios culturales exclusivos, la diferencia sólo podía marcarse enfatizando el uso de los repertorios disponibles: no tanto en el qué, sino en el cómo. Esta mutación es la que subyace a los cambios que retrata la cronista de *Caras y Caretas*: la de una elite que, de aristocrática, pasa a ser cada vez más nítidamente plutocrática. Y esta conversión plutocrática entrañaba serios problemas a la legitimidad de esa elite ante la sociedad, sobre todo de 1930 en adelante, cuando importantes sectores sociales atravesaron serias dificultades. En este contexto, un atributo esencial para la perduración de una elite (ser un grupo de referencia, un modelo anhelado y respetado por el resto de la sociedad), desaparecía. Desde ya, la carencia de una cultura propia puede ser condición de posibilidad, y no obstáculo, para una afirmación identitaria, y desde allí para la diferenciación social, precisamente porque a mayor homogeneización, mayor es la importancia de remarcar singularidad (Grimson, 2011, pp. 135-140). Pero aun así, las identidades que proliferaron en la elite en este período, como la de “patriciado”, por la cual emergía como el grupo social que había hecho el país, la colocaron en un lugar de excepcionalidad más que de referencialidad (Losada, 2005).

Por último, vale subrayar que la impugnación moral, los llamados a la moderación y a la austeridad de las crónicas de *Caras y Caretas* no se enmarcan en una crítica progresista, si vale la expresión. Como ya se ha subrayado con insistencia, la voz de estas crónicas es tradicionalista, enaltecedora del pasado. Dos vías sugestivas se abren desde aquí.

Una, que ya se ha formulado a lo largo del trabajo, es el peso de ese tipo de cosmovisiones en la elite: su reiteración e insistencia a lo largo de más de veinte años en estas crónicas, constituyen indicadores plausibles para pensar que tenían un lugar en este sector social, pero no mayoritario, o al menos, no lo suficientemente eficaz como para modificar las conductas y los comportamientos signados por una época que conducía más a la postergación que a la vigencia del pasado. Como se dijo líneas arriba, la apelación al pasado en el terreno de las prácticas simbólicas, en todo caso adquirió visibilidad en las construcciones identitarias, como la de patriciado.

Ahora bien, y este es el segundo punto a recortar, es plausible pensar que la sensibilidad conservadora quizá tuvo un mayor peso en los incipientes sectores medios, debido a que las nociones de austeridad y de moderación sintonizaban bien con los pilares morales derivados de la experiencia inmigratoria, de la que provenía una considerable proporción de los mismos (sin olvidar los principios difundidos desde otros espacios, desde la Iglesia al Estado) (Germani, 1955; Míguez, 1999).

El hecho de que una columna periodística sobre la elite con tales acentos se publicara durante más de veinte años en una revista como *Caras y Caretas*, cuyo principal público lector estaba en esos sectores sociales, es un sugestivo indicio al respecto. Desde ya, este punto merece una exploración que trasciende los límites de este trabajo, entre otros factores, porque difícilmente los sectores medios y su cultura hayan sido un todo homogéneo, y, en otro sentido, porque vale tener en cuenta que los transgresores a las normas y convenciones pueden sufrir la desaprobación, pero también contar con cierto prestigio por la incorrección frente a lo establecido (Becker, 2009, pp. 21-37).

Aun así, merece recortarse el panorama, preliminar, tentativo, que se deriva de lo explorado en estas páginas. Parece difícil sostener que los sectores medios de la Argentina de los años veinte y treinta hayan edificado sus identidades siguiendo los modelos y las pautas de la elite, tanto porque no podían como porque las desaprobaban. Más plausible resulta lo contrario: que la elite perdió importancia como referencia para los incipientes sectores medios. Ahora bien, esto no fue así porque la cultura de esos incipientes sectores medios haya sido moderna o progresista (salvando lo errático de estas etiquetas) sino porque incluyó entre sus marcas rasgos conservadores (incluso, quizá, sensibilidades antimodernas) desde las que se condenaba la laxitud moral. Por ello, a su vez, la pérdida de legitimación social de la elite no sólo fue el resultado de sus conductas económicas parasitarias o rentísticas, o de posicionamientos políticos crecientemente autoritarios. Pudo ser también una derivación de la combinación de estos posicionamientos públicos con sus conductas privadas (de signo opuesto, por lo demás, a aquellos).

En suma, en lo concerniente a su lugar como referencia social y cultural, la declinación de la elite quizá fue el resultado de haber

adquirido usos y costumbres displicentes y ostentosos, de haber abandonado los reparos a los que habilitaban tradiciones y normas asentadas, en momentos en que la moderación (asociada a la virtud) y cierto giro conservador, posiblemente alentado por la crisis económica de 1930, se habían convertido en pilares morales de importancia para amplias franjas de la sociedad argentina.

Notas

¹Mercedes Moreno (1876-1961) fue, además de periodista, educadora, y llegó a ser vicepresidente de la rama interamericana del Consejo de Mujeres de la Argentina (Sosa de Newton, 1986, p. 426). Mercedes Moreno tuvo una columna similar en la revista *Plus Ultra* (revista nacida en 1916, luego de ser inicialmente un suplemento de la propia *Caras y Caretas*). En los años treinta, la Dama Duende tuvo también un programa de radio diario, en Radio Cine París, en el que transitaba tópicos similares a los de sus notas sociales.

²Las crónicas de la Dama Duende no tuvieron siempre la misma ubicación en la revista: a menudo estaban en las primeras páginas, aunque solían aparecer más adelante –vale tener presente que los números de *Caras y Caretas* superaban las 200 páginas en este período-. Sin embargo, siempre tuvieron un espacio similar: una página entera de dos columnas.

³De aquí en más: NS, CyC.

⁴Sobre Buenos Aires en estos años, ver Sarlo 1988. El apelativo snob se usó con frecuencia para retratar la vida de la clase alta en la década de 1920 (García, 1923).

Referencias

- Aldao de Díaz, E. (1933). *Recuerdos disperses*. Buenos Aires: Peuser.
- Barrancos, D. (2007). *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Becker, H. (2009). *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Berry, C.J. (1994). Luxury, necessity and social identity. In Christopher J. Berry (ed). *The Idea of Luxury A Conceptual and Historical Investigation* (pp 231-242). New York: Cambridge University Press
- Bilsky, E. (1984). *La semana trágica de 1919*. Buenos Aires: CEAL.
- Bourdieu, P. (1988). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid.
- Botana, N. (1994). *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana.

- Burke, P. (1996). *La cultura popular en la Europa moderna*. Madrid: Alianza.
- Cannadine, D. (1990). *The Decline and Fall of the British Aristocracy*. Londres-New Haven: Yale University Press.
- Círculo de Armas (1985). En el centenario de su fundación. Buenos Aires.
- Davidoff, L. (1974). Mastered for Life: Servant and Wife in Victorian and Edwardian England. *Journal of Social History*, 7(4), 406-428. doi:10.1353/jsh/7.4.406
- Devoto, F. (2002). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires. Siglo XXI Iberoamericana.
- García, J. A. (1923). *Cuadros y caracteres snobs. Escenas contemporáneas de la vida argentina*. Buenos Aires: Gath & Chaves.
- Germani, G. (1955). *Estructura social de la Argentina*. Buenos Aires: Raigal.
- Germani, G. (1962). *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós.
- Grimson, A. (2009). *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Halperin Donghi, T. (1999). *Vida y muerte de la República Verdadera (1910-1930)*. Buenos Aires: Ariel.
- Halperin Dongui, T. (2004). *La República Imposible (1930-1945)*. Buenos Aires: Ariel.
- Hora, R. (2002). *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*. Buenos Aires: Siglo XXI Iberoamericana.
- Losada, L. (2005). *Aristocracia, patriciado, elite. Las nociones identitarias en la elite social porteña entre 1880 y 1930*. Anuario IEHS, 20, 389-408.
- Losada, L. (2008). *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque. Sociabilidad, estilos de vida e identidades*. Buenos Aires: Siglo XXI Iberoamericana.
- Malosetti Costa, L y Gené, M. (2009). *Impresiones porteñas: imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*. Buenos Aires: Edhasa.

- McGee Deustch, S. (1986). *Contrarrevolution in Argentina 1900-1932: The Argentine Patriotic League*. University of Nebraska Press.
- Míguez, E. (1999). Familias de clase media: la formación de un modelo. En F. Devoto y M. Madero (eds.) *Historia de la vida privada en la Argentina. T. 2: La Argentina plural, 1870-1930* (pp. 21-45). Buenos Aires: Taurus.
- Montgomery, M. (1996). The Fruit that Hangs the Highest: Courtship and Chaperonage in New York Society: 1880-1920. *Journal of Family History*, 21(2), 172-191.
[doi:10.1177/036319909602100204](https://doi.org/10.1177/036319909602100204)
- Rock, D. (1975). *El radicalismo argentino, 1890-1930*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Romano, E. (2004). *Revolución en la lectura: el discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*. Buenos Aires: El Calafate.
- Saïtta, S.(1998). *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sarlo, B. (1988). *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Sosa de Newton, L. (1986). *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*. Buenos Aires: Plus Ultra.

Leandro Agustín Losada es profesor del Departamento de Historia de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Investigador Asistente Conicet/IEHS, Conicet (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, República Argentina) - IEHS (Instituto de Estudios Histórico Sociales), Univesidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Argentina.

Contact Address: Paraje Arroyo Seco s/n - C.P. B7000GHG - Tandil - Buenos Aires - Argentina. Tel.: +54 0249 4439751-4439757. llosada@utdt.edu